

Nobilitas

Estudios sobre la nobleza y lo nobiliario en la Europa Moderna

Juan Hernández Franco,
José A. Guillén Berrendero y
Santiago Martínez Hernández (dirs.)

DOCE ☀ CALLES



NOBILITAS

ESTUDIOS SOBRE LA NOBLEZA Y LO NOBILIARIO EN LA EUROPA MODERNA

Juan Hernández Franco, José A. Guillén Berrendero y
Santiago Martínez Hernández
(dirs.)

EDICIONES DOCE CALLES
FUNDACIÓN CULTURAL DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA
FUNDACIÓN SÉNECA
EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Introducción	9
<i>Juan Hernández Franco, José A. Guillén Berrendero y Santiago Martínez Hernández</i>	
LA NOBLEZA EN EUROPA: REFLEXIONES Y ESTADO DE LA CUESTIÓN	
Dilemmes nobiliaires: comment paraître ce que l'on est?	25
<i>Arlette Jouanna</i>	
Culture e pratiche nobiliari nell'Italia moderna: un modello peculiare?	43
<i>Roberto Bizzocchi</i>	
As nobrezas portuguesas na época moderna: um breve ensaio historiográfico crítico	75
<i>Nuno G. Monteiro</i>	
Virtuosos y trágicos: la figura de Coriolano y la ética nobiliaria en el siglo XVII	91
<i>Adolfo Carrasco Martínez</i>	
«Dietro à tal Colombo». Essere nobili tra Sicilia e Spagna: storie di conflitti e nobiltà	113
<i>Lina Scalisi</i>	
IDEA Y PRÁCTICA DE NOBLEZA: VIEJOS DISCURSOS, NUEVAS LECTURAS	
Formación y desarrollo de las casas nobiliarias castellanas (siglos XVI-XVII)	139
<i>Juan Hernández Franco y Raimundo A. Rodríguez Pérez</i>	

Memoria familiar e historia de la Memoria. El Archivo de la Casa de Alba	177
<i>José Manuel Calderón Ortega</i>	
De «donde proceden los ilustres progenitores de la excelente casa»: la colonización narrativa de los reinos en los discursos familiares de la nobleza (siglo XVII)	203
<i>Antonio Terrasa Lozano</i>	
Las historias de las ciudades y los agentes del honor y la distinción en la Castilla del Seiscientos: una realidad sistémica	227
<i>José A. Guillén Berrendero</i>	
«Por estar tan acostumbrados a cometer semejantes excesos». Una aproximación a la violencia nobiliaria en la corte española del Seiscientos	255
<i>Santiago Martínez Hernández</i>	

CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES: LA NOBLEZA ESPAÑOLA EN CONTEXTO

Nobles en el exilio. Propuestas sobre la integración de los extranjeros en la nobleza española del siglo XVIII	301
<i>Thomas Glesener</i>	
Las Órdenes Militares, la nobleza y la Monarquía española. Aspectos de una relación cambiante	323
<i>Agustín Jiménez Moreno</i>	
Patronazgo nobiliario en la administración borbónica. Macanaz y el beneficio relacional de la fidelidad	349
<i>Francisco Precioso Izquierdo</i>	
Sobre privilegios y fesorias: una reflexión sobre la hidalguía asturiana en la Edad Moderna	369
<i>Fernando Manzano Ledesma</i>	
Cambios en los comportamientos de la nobleza local leonesa a finales del Antiguo Régimen	383
<i>Juan Manuel Bartolomé Bartolomé</i>	

INTRODUCCIÓN

Juan Hernández Franco,
José A. Guillén Berrendero y
Santiago Martínez Hernández

Función y biología. Raza y milicia. Fundamentalmente bajo estos dos paradigmas se comienza a construir un nuevo orden social en el siglo XI, que aún mantenía su vigencia en el siglo XIX y del que se conservan vestigios incluso en pleno siglo XXI. No obstante la acerba crítica social e incluso historiográfica que se produjo en el XX hacia la nobleza, grupo al que se le ha relacionado frecuentemente con un conjunto de valores rancios, mediocres, insustanciales y, durante bastante tiempo de su existencia, anacrónicos. Por tanto, y al margen del juicio que pueda merecer su acción en la vida social, la constatación del predominio del *more nobilium* queda patente en una vigencia de ocho largos siglos. Aunque ese periodo de superioridad nobiliaria en modo alguno transcurre como un tiempo inmóvil o estático. Primero fue la época de arcaicos y jerárquicos señores feudales, en torno a los cuales se crean grandes «colectividades» humanas; a lo que debe unirse la fuerte presencia de la Iglesia en la vida de la sociedad y la dependencia de esa sociedad de la religiosidad cristiana. A aquella, simplificando muchísimo, sucede otra etapa, que es la que recoge principalmente este libro, que se extendería entre los años 1400 y 1800 aproximadamente, y en la que, coincidiendo con el lento pero inexorable tránsito de la barbarie a la civilización, con el desarrollo de nuevas prácticas económicas que destierran el primitivo modo de producción feudal y su estrecha relación con las rentas agrarias, de formas de organización política que van

concentrando el poder en manos del monarca –lo que se ha llamado «Estado Real»–, e importantes cambios en la esfera de la religión, el estamento nobiliario se ve obligado a «modernizarse», para intentar perpetuarse. En consecuencia, el grupo social que dominó Europa no dio la espalda a los cambios que transformaron el mundo. Como principal agente, su capacidad de adaptación fue la que a la postre le permitió continuar manteniendo la primacía social dentro una sociedad poliestamental.

La explicación que ofrecemos de la sociedad nobiliaria y de su discurrir temporal debe mucho a la interpretación propuesta por uno de los mayores expertos en la misma, el profesor Jonathan Dewald. Insiste este investigador, y esa también es una de las metas del libro, en no quedarnos en los límites cronológicos que hemos señalado, asumiendo como realidad que, tras el cambio que se produjo entorno a 1400, no se invierten la vida, las prácticas y los valores de la nobleza, hecho que solo tendrá lugar cuando el dominio de la burguesía instaure un nuevo sistema social y una nueva ética bien adentrada la Edad Contemporánea.

Hasta el siglo XIX la nobleza se concibe y se percibe a sí misma diferente y superior a los demás estamentos y considera, por tanto, que su moral del honor la sitúa en la cúspide social; amplía la función de la milicia y despeña aquellas que el Estado Real considera más importantes, o bien las que en una sociedad con nuevos principios científicos y culturales le requiere; su riqueza no es superada por ningún otro grupo y desarrolla actividades que hacen posible el beneficio y la riqueza, sin entrar en contradicción con el *more nobilium*, como sucede con lo que el traductor al castellano del abate Coyer denomina el «vasto campo de la negociación»; y en conjunto su ideología es común y coherente.

Este vasto esfuerzo del estamento nobiliar por dominar la sociedad no está exento de una profunda renovación del grupo, que sin renunciar al origen, la cuna o la sangre –un fluido corporal que determina identidades e inclusión dentro del estado privilegiado como señala la interpretación antropológica– o la raza, pues sobre ellos se asentaba y legitimaba su predominio, la esencia misma de su fortaleza, vendrá acompañado de variaciones con frecuencia rayanas en lo mitológico, aunque a la postre se mostraran eficaces y de una indudable operatividad social.

En ese proceso de renovación –condicionado por causas biológicas, pero también por el empuje de componentes de grupos sociales inferiores– influyen varios hechos: la existencia, en contra del esencialismo del estamento, de una fase de movilidad social increíblemente permeable que favoreció la asimilación de familias e individuos que, en atención a sus méritos y patrimonio, contribuyeron a una transformación del grupo; la reducción de sus miembros al producirse una paulatina exclusión de la baja nobleza, empobrecida y

esencialmente rural, en favor de la nueva nobleza administrativa que aún manteniendo su dependencia del monarca, por carecer entonces de antigüedad de sangre, enarbola la preparación como elemento de distinción; la renuncia a determinados privilegios, ciertamente exigidos por los gobiernos centralizados, pero a costa de gozar de un papel mucho más relevante dentro de los mismos; o el desvanecimiento de las diferencias –pero a la postre siempre manteniéndolas– con respecto a los grupos sociales más próximos al estamento nobiliario, aunque más que despreciar sus valores, lo que hacen es incorporar a la razas y a la función el mérito, la virtud o el talento, como trunfos de su propia excelencia. Renovación social equivale a poder social, según demostró Norbert Elias. Con el fin de retener ese poder a la nobleza no le quedó otro camino que ir renovando las bases y las huellas de su propia identidad en la construcción de su cotidiano, posiblemente sin percatarse que por ese medio se producía un debilitamiento de su *ethos*, que acabaría hibridado o mixtificado con el de la burguesía.

Aunque debilidad no supone desaparición absoluta de la ética nobiliaria, pues en nuestro tiempo actual debemos volver a preguntarnos hasta qué punto no es cierto lo que con mucha intuición señaló Alex de Tocqueville, en 1856, año en el que se publica su célebre *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Como se recordará, este autor era miembro de una familia noble de «raza» aunque, como él mismo confiesa en su carta al vizconde Louis de Kergorlay con motivo de los preparativos de su libro, no conoce otra causa que no sea la de la libertad y la dignidad humana. Sin embargo, en su «comprensión» del proceso que conduce a la Revolución, –ya lo había hecho espléndidamente Thiers– y al establecimiento de un orden social regulado por la «igualdad de condiciones», no hay una mención expresa a la desaparición de lo nobiliar, sino todo lo contrario, al admitirse como positivos una parte del conjunto de sus creencias, valores, prácticas y costumbres que la nobleza había desarrollado. Por lo dicho hasta aquí, podemos concluir que Tocqueville, hombre de firmes convicciones liberales no se está refiriendo como valores positivos de lo nobiliar al privilegio, a la raza y o a una función social exclusiva y distinguida; se refiere, sin lugar a dudas, más a la virtud y el mérito, valores adoptados y asumidos por la nobleza aunque inicialmente no estuviesen en su espíritu, pero que con ella alcanzan un notable desarrollo. De ahí que, como sostiene Tocqueville, entre la sociedad aristocrática y la organización de la «igualdad de condiciones» no exista un profundo abismo, pues de forma no predeterminada perduran los mejores restos de la primera, los cuales acaban vertiéndose en el molde de la joven sociedad:

Estaba convencido de que, sin saberlo, habían guardado del Antiguo Régimen la mayor parte de los sentimientos, de los hábitos e incluso de las mismas ideas

con cuya ayuda habían hecho la Revolución que los destruyó y que, sin proponérselo, se habían valido de los escombros para construir el edificio de la nueva sociedad.

Este será, por utilizar una cita de Jonathan Swift «el emblema más completo e inagotable» que lo nobiliario proyectará en nuestro tiempo, y constituye en sí mismo la justificación perfecta para analizar la nobleza y lo nobiliario como un proceso a largo plazo, que generó un discurso preciso y nada escéptico del mundo desde la Edad Media hasta nuestros días.

Escribía Marc Augé, «no tengamos miedo de las palabras: ¡hay que provocar la irritación de nuestros pensamientos y los pensamientos de los demás pueden ayudarnos a conseguirlo!». Sin lugar a dudas si hay un espacio historiográfico que desde la Baja Edad Media ha sido objeto de una profunda polémica –como venimos diciendo– es el del debate sobre qué es nobleza y sus más variadas formas de expresión. La historiografía y la ensayística sobre el fenómeno nobiliario siguen despertando hoy en día un profundo interés y no cesan de aparecer obras que analizan su papel en una sociedad ya extinguida. Las nuevas metodologías han provocado una inusitada transformación de la visión del grupo, que ha pasado de ser considerado como una clase parasitaria a todo un modelo de interpretación para la Europa de la Edad Moderna. La eclosión de la historia social, la evolución de la historia cultural, el giro lingüístico y otras formas de trabajo del historiador, han permitido que hoy en día asistamos a una nueva edad de oro de la nobleza como objeto historiográfico. Esta plenamente asumido que lo nobiliario es una categoría social, un sistema de valores y una idea moral que debe ser explicada en busca de sus semejanzas y discontinuidades. Es ante todo un discurso, un ejercicio permanente de construcción de la sociedad de su tiempo y un elemento nuclear en la exégesis sobre la idea de excelencia en nuestro mundo; más, claro está, una práctica, sino no tendría sentido hablar de honor, de honor estamental y sobre todo vivirlo y representarlo como ocurre en la vieja sociedad europea y puede ser rastreado en lo nobiliario.

Existe una categoría interpretativa que, con la prevención natural a que obliga su uso, nos puede ayudar en nuestro análisis del grupo social de la nobleza y que puede representar en sí mismo un ideario, una hoja de ruta –si se quiere– para estudiar el fenómeno de la nobleza, el ser noble o la adaptación al modo de vida de la nobleza, desde el punto de vista del poder, la política, la moral o incluso del análisis de la construcción de su propia identidad, en un contexto de conflicto como resultó ser el mundo europeo de los siglos XVI al XVIII. Se trata de un concepto que posee una dimensión comunicativa en torno a lo nobiliario, que se nos antoja como primordial para no obturar en demasía el objetivo con el que se mira al estamento. Sin pretensión de sustituir

ningún enfoque sobre la nobleza, la utilización del concepto de cosmopolitismo para comprender el hecho nobiliario, conferirá a los estudios sobre la nobleza de un discurso histórico revelador de la naturaleza transnacional o supranacional del grupo y de las ideas que sobre él circularon por el viejo continente. El concepto de cosmopolitismo provenía de la época helenística y había sido definido por el estoicismo como organización político-social ideal compuesta por sabios y regida por la razón. Luego Cicerón usó una noción tan evidentemente utópica para referirse a la civilización romana y, durante la época imperial, la idea de la *cosmópolis* siguió asociada a una deseable organización racional basada en la libertad, el conocimiento y la confraternización. En su propia noción, podemos ver un anhelo de superar el radicalismo y la segregación que la explicación territorial ofrece del hecho nobiliario, pues a la postre era una cultura y como tal un conjunto de valores, normas y símbolos que no podía circunscribirse al naciente concepto de Estado/Monarquía Nación.

En la Edad Moderna, el horizonte cosmopolita de los círculos humanistas permitió crear un lugar común de explicación de lo nobiliario que, partiendo de lo local, produjo un germen de primera explicación de lo europeo, siendo el paradigma de lo europeo la propia noción y práctica de la nobleza. De ahí que se vislumbrara la posibilidad real de superar las barreras que afectaban tanto a las relaciones humanas, a los negocios como a la circulación de las ideas y se coincidiese en ese ideal cosmopolita, una constante de la cultura continental que, posteriormente, reelaboraría Immanuel Kant para convertirlo en uno de los ejes de la Modernidad.

En Europa se vivió un fenómeno general de exaltación de la idea de excelencia catalizada a través de la inserción de los individuos en esa realidad sistémica que era la nobleza en cuanto grupo que encarna la virtud, y, en consecuencia, los valores virtuosos de su mundo. El mejor ejemplo de todo ello será la ingente producción en papel que este grupo social ha dejado como huella incontestable de su pensamiento y de su tiempo. Textos con autonomía suficiente como para explicar las razones coyunturales de lo nobiliario en los distintos reinos del continente europeo. Estos textos y sus variables tipológicas y discursivas poseen un indudable carácter de artefactos únicos y genéricos sobre un hecho central como fue la nobleza en Europa y su deseo de autorrepresentación como el estamento superior por su *arete*. Se trataba de fórmulas de apropiación de su momento y nos sirven, al igual que sirvieron a sus coetáneos, para recibir una interpretación particular del hecho social que representa la nobleza. Textos que remiten a un modelo social perfecto e insuperable. El florecimiento de la literatura tardomedieval de tinte genealógico se mantuvo durante la Edad Moderna, enriqueciéndose con una variada producción textual y paratextual que recogía los eventos de lo nobiliario, de la *res nobiliorum*. Su principal finalidad

era demostrar la existencia de una forma propia y superior de comprender el mundo y de explicar el poder, la sociedad, la fe, la moral y, en general, cualquier otro aspecto relacionado con la vida de los hombres. En puridad, se trataba de recursos discursivos sobre lo que la sociedad de su tiempo definía como noble o excelente y que puede rastrearse por toda Europa. Autores franceses, venecianos, toscanos, napolitanos, castellanos, lusitanos, británicos, flamencos, alemanes o polacos escribieron sobre la nobleza, vinculando de manera más clara de lo que se pueda llegar a pensar el mundo de las ideas y teorías con el de las prácticas administrativas o judiciales en torno a los nobles.

Lo nobiliario es un fenómeno cosmopolita asentado sobre una arquitectura conceptual común y que supera las fronteras políticas y religiosas de la larga Edad Moderna –¡cuánto de ella y cuánto de lo nobiliario perdura en el siglo XIX!– para ofrecer elementos centrales en la explicación de los mecanismos sociales en torno a la excelencia y la distinción. De los fenómenos económicos, los conflictos de las precedencias, los espacios de las naturalezas del noble, los discursos sobre su ser y fama, sus estructuras familiares y modos de perpetuación social, su mecenazgo artístico, sus niveles de consumo y todos los fenómenos vitales que componen la vida de un ser humano, podemos extraer una única conclusión: se trata de un conjunto de discursos y prácticas perceptibles en toda Europa. Y que además constituyen un elemento de cohesión continental al compartir valores y prácticas comunes, que evidencian la debilidad de lo regnicola en lo discursivo y la mutua coincidencia en lo expuesto por Bartolus, Tasso, Tiraqueau, Loyseau, La Roque, Ossorio, Otálora, Moreno de Vargas, L. Humphrey y J. Selden, entre otros. Los obvios matices legislativos, judiciales y territoriales que existían en la Europa moderna, no hacen sino reforzar la idea de una «nueva» Edad de la Nobleza que se extendió desde el siglo XV hasta bien avanzado el siglo XIX, pues la llamada contemporaneidad todavía mantiene de manera perfectamente rastreable, rasgos y valores de la nobleza –preservados y observados como señala la historiografía más reciente por el grupo de los notables–.

Cuáles son las fronteras de la nobleza, dónde reside su patria o cuáles son las diferencias jerárquicas entre las diferentes noblezas europeas son cuestiones centrales que deben plantearse en el estudio de lo nobiliario como problema y realidad europea y transnacional durante la Edad Moderna. Los nobles, cualquier noble, se sienten partícipes de un mundo particular, de una cultura de la representación y del poder que configuró una civilidad basada en el honor, el servicio y la virtud como elementos nucleares de su visión de la idea de excelencia. En este sentido, temas como los señoríos, los pleitos, las dignidades, preeminencias, armerías y conceptos como la herencia, el linaje, la virtud, el servicio o el propio del honor, se tornan en categorías discursivas que afectaban casi por igual a todos los individuos que integran el estamento

nobiliario en toda Europa. Es en este continente en el que podemos encontrar un muy activo debate en torno a la definición de la naturaleza y los límites de la nobleza y lo nobiliario. Receptáculo de todos los epítetos de la excelencia, la nobleza se convertirá muy temprano en un tema central de toda la explicación intelectual sobre el poder. Los contornos que tuvo la acción nobiliaria en la Edad Moderna constituyen un factor que no debe ser obviado en un estudio sobre la nobleza en este periodo. Los puntos de convergencia, las continuidades regnícolas o la homogeneidad en sus formas de vida, son asuntos fundamentales que nos empujan a interpretar esta realidad como un fenómeno cosmopolita.

La Europa de la Edad Moderna fue ante todo un territorio de conflicto, pero por debajo de esa realidad existía otra, más elaborada y profunda, en la que se asentaban los valores que regían los principios organizativos de toda la sociedad, y que, como la presentaba Castiglione, era cortesana y en consecuencia nobiliaria e inalcanzable para quien no formase parte del distinguido estatus superior. No perder de vista esta perspectiva, esta dimensión primera del horizonte europeo, es el fundamento sobre el que se asientan los renovados estudios de lo nobiliario. Lejos del análisis que ofrecen los particularismos territoriales, necesarios sin lugar a dudas, también debe verse en el estudio de lo nobiliario una magnífica ocasión para interpretar la «república de los honrados» como un homogéneo conjunto de vínculos, individuos, valores e ideas que circularon por Europa. Órdenes Militares como la de Malta o el Toisón de Oro representarían ese universo, pero no sólo ellas, también las castellanas de Santiago, Alcántara o Calatrava nutrieron sus filas con presumibles nobles y limpios de sangre de todos los territorios de la Monarquía de España. Asimismo, la realidad que planteaba la existencia de familias que poseían títulos en diferentes territorios de Europa, y por los que percibían sus correspondientes rentas, la obvia circulación de ideas y textos sobre la *res nobiliorum*, debe ser analizada con una adecuada perspectiva, que nos sitúa ante un fenómeno de indudable calado cosmopolita, con rasgos significativamente comunes.

Las noblezas europeas constituyeron un grupo muy homogéneo visto desde la óptica del privilegio y su comparación con otros estamentos. Por lo tanto es normal que se deban hacer reflexiones de conjunto sobre sus bases materiales e inmateriales. Ya desde los siglos modernos se intentó dibujar semejante planteamiento mediante la publicación de libros sobre las Órdenes Militares europeas o los estudios genealógicos de determinadas familias que dibujaban un panorama de enlaces comunes entre las distintas noblezas regnícolas. Y en la literatura jurídica para-nobiliaria, la existencia de personas de distintos territorios súbditos de un mismo rey era, sin ninguna duda un espacio frecuente y habitual en la definición de lo nobiliario y de su realidad.

Por todo lo dicho y en función de los espacios de investigación que la historiografía sobre la nobleza ha configurado, pensamos que es muy importante promover y desarrollar proyectos que aborden el estudio de los valores centrales de la nobleza como la excelencia, el mérito o el servicio, y no solo fijar el objetivo en la «raza». Asimismo hay que revisar sus relaciones sociales en los primeros siglos de la edad moderna. La dualidad residía en el hecho de que los nobles pasaron a ser ellos mismos clientes o personas de confianza del rey y a su vez seguían siendo patronos de nobles de inferior condición socio-económica y de familias pertenecientes a grupos sociales por debajo del suyo. Igualmente hay que prestar atención a sus propósitos de impulsar una cultura de la distinción que fuese eliminando la violencia guerrera como función y diese más valor a la «civilitéé» y a la racionalidad. Por último es fundamental analizar su adecuación a la modernización, que hizo que abandonaran sus prejuicios o «*derogances*» hacia las nuevas formas de adquirir riqueza y de practicar y patrocinar la ciencia.

Todas estas propuestas no son contradictorias con la idea de *nobilitas* y con el estudio del fenómeno *de nobilitate* que da nombre a nuestro proyecto. Resulta paradójico que, pese a los acercamientos locales a los estudios sobre nobleza –generalmente a partir de la tratadística nobiliaria– llevados a cabo en el ámbito italiano, francés, español y portugués, aún no se ha emprendido un estudio sistemático, profundo y multidisciplinar sobre el arsenal de ideas para definir, perfilar y proyectar los valores y prácticas del grupo nobiliario, menos alejado de nuestro presente de lo que a veces suponemos. Nuestra sociedad no quiere ser noble, ni resucitar lo que representa tal identidad, pero conserva rasgos de un «mundo» anterior que fue por excelencia nobiliario y que ha estado con nosotros hasta hace muy poco, como puede verse en los *Guermantes* que aun tenemos instalados en el seno de la sociedad burguesa y que hacen de la distinción y la diferenciación sus valores, frente a unos supuestos principios de igualdad que deben primar en nuestras relaciones sociales.

* * * * *

La conciencia que tenemos sobre los estudios nobiliarios hace que este libro, por los trabajos que lo conforman, irrumpa con un bagaje incontestable. Para una correcta organización de las peculiaridades nobiliarias hemos decidido organizar sus páginas en torno a en tres bloques temáticos que se relacionan entre sí en una exégesis de lo nobiliario muy amplia.

Se ha optado por ofrecer un conjunto de estudios sobre el fenómeno europeo que no son otra cosa que reflexiones razonadas que superan visiones compartimentadas para sumergirnos, gracias al análisis de los investigadores, en un enfoque cosmopolita y abierto. En un primer bloque, que recibe el nombre de *La nobleza en Europa: reflexiones y estado de la cuestión*, los trabajos de Arlette

Jouanna, Roberto Bizzocchi, Nuno Monteiro, Adolfo Carrasco y Lina Scalisi, aportan reflexiones sobre el inagotable y complejo mundo de la nobleza. Revisan argumentos y plantean nuevos enfoques de análisis de lo nobiliario como realidad política y ética de las noblezas europeas de la Edad Moderna.

Un segundo bloque lo integran distintos textos que, como resultado de las más recientes investigaciones, proponen nuevas formas de aproximación a las prácticas nobiliarias vinculadas con una determinada forma de concebir el mundo. Bajo el título de *Idea y práctica de nobleza: viejos discursos, nuevas lecturas*, se reúne un grupo de ensayos que pretenden responder a la cuestión de cómo se ejerce y se expresa la idea de nobleza. Son trabajos que consiguen ofrecer variables interpretativas que, al igual que en el bloque anterior, contribuyen, por su novedad, a una mejor comprensión de la siempre cercana distancia entre la teoría y la práctica. Juan Hernández Franco y Raimundo A. Rodríguez Pérez nos introducen en la conformación de la estructura familiar de la nobleza castellana a través de dos conceptos básicos, distintos pero en estrecha comunicación mutua, el linaje y la casa. La contribución de José Manuel Calderón Ortega nos adentra en la concepción de la multiseccular memoria nobiliaria a través de la documentación que fue capaz de generar, preservar y gestionar. El caso paradigmático del Archivo de la Casa de Alba ofrece, con sus avatares, seis siglos de registros que, adecuadamente catalogados, han puesto a disposición de los investigadores una fabulosa fuente de información con la que poder recuperar parte del pasado y rehacer así la vida nobiliaria. Por su parte, el trabajo de Antonio Terrasa Lozano nos traslada al universo de la interpretación narrativa sobre la *natura* de los nobles y su inclusión en la teoría de la nobleza. Heredero de trabajos en torno a la literatura nobiliaria, Terrasa reconstruye la homogeneidad en la interpretación de las variables que relacionan a la nobleza con un territorio. José Antonio Guillén Berrendero incide sobre aspectos relevantes de la cultura de la nobleza, enfatizando el peso de la memoria urbana en los discursos definitorios de lo nobiliario. Por último, el texto de Santiago Martínez Hernández propone un acercamiento a la violencia nobiliaria en la corte española del Seiscientos, a los usos, prácticas y discursos de sus rituales de violencia, manifestaciones de un *ethos* aristocrático que se resistió a renunciar al uso legítimo de la fuerza como máxima expresión de su cultura estamental.

El último bloque es el que hemos titulado *Continuidades y discontinuidades: la nobleza española en contexto*. En él se tratan cuestiones esenciales sobre las permanencias y mudanzas en diferentes espacios que fueron de prelación nobiliaria durante la Edad Moderna. El trabajo de Thomas Glesener analiza minuciosamente la integración de los extranjeros en la nobleza española del siglo XVIII. Agustín Jiménez Moreno resalta y pone al día la dimensión armada de los nobles. Francisco Precioso Izquierdo aborda una cuestión ya clásica

dentro de los estudios nobiliarios como es el patronazgo, empleando para ello la nueva metodología del «pensar relacional», mediante la que consigue romper el sentido unidireccional del patronazgo y acercarnos a los intereses o ventajas de los clientes. Fernando Manzano, por su parte, revisa el papel de la pequeña nobleza o hidalguía, en el contexto local de Asturias, trabajando con la realidad de haber más nobles que pecheros. Finalmente, Juan Manuel Bartolomé Bartolomé ofrece una aproximación a las familias nobles de ciudades de Castilla a finales del Antiguo Régimen a través de las mutaciones de sus comportamientos y sus acciones frente a nuevas formas sociales.

El interés por lo nobiliario debe ir más allá de la narración de su «culpabilidad» como estamento privilegiado durante el Antiguo Régimen. La conciencia de su existencia, el fenómeno de su cosmopolitismo cultural o su valor como generadores de una cultura del mérito y de la excelencia deben ser analizados con una perspectiva socio-histórica. Se debe reconstruir la genealogía de los paradigmas que el triunfo social, como práctica y discurso, dejó en la Europa de la Edad Moderna. Recordemos, por otro lado, que el pasado es un discurso y esa es la pequeña parte del mismo que podemos aprehender, confiando, como decía Michel de Certeau que al escribir sobre el pasado –en este caso sobre el pasado de la nobleza y de lo nobiliario– no acabemos incurriendo en una ilusión, sueño, espejismo o delirio de lo que fue el grupo y de la honda significación de su relevancia social.

Por eso, creemos que lo nobiliario como realidad propia del conocimiento científico representaba un espacio que bien podría suscribir el pensamiento que Brecht expresaba, cuando decía que «no empieces por las viejas cosas buenas, sino por las malas nuevas». En tal sentido, las «viejas cosas buenas» del análisis de la nobleza estarían en ponderar su afán de permanencia y su deseo de establecer convenciones ideológicas, simbólicas y estéticas que tuvieran un *possible* «efecto de verdad», tal y como lo concebía Barthes. Con lo cual coincidiríamos con el propósito Jules Michelet de restituir la forma vitalista con la que hizo Historia, no para ser leída exclusivamente, sino principalmente re-vivida. ¡Qué mejor medio para evitar tener a la nobleza como un viejo objeto cuyos restos descansan en las tiendas de anticuarios!

Por tanto, al volver a poner nuestro enfoque, como objeto de la historia, en la nobleza europea, si algo deseamos es compartir un *telos* o fin que nos permita conocer el motivo de sus acciones y los principios que les impulsaron a ellas. Ser noble y vivir lo nobiliario no es exclusivamente pasado, si lo que pretende el historiador es encontrarle significado en el presente y escribe sobre ello como si de un discurso actual se tratase. Aunque parezca que no, el hecho de que la nobleza europea, como grupo quiera establecer formas de relación con el poder, y se encuentre en un permanente proceso dialéctico de colaboración y conflicto con quien lo ostenta, puede permitirnos comprender mucho

mejor por qué la propia sociedad burguesa después de establecer su modelo democrático de gobierno no está plenamente contento o satisfecho con el mismo. Por otro lado, en su experiencia de gestión de su cotidiano, la nobleza y el clero –toda vez que la mayor parte del alto clero pertenece al grupo nobiliario–, mantendrán una relación general de colaboración con el poder monárquico, aunque no estén plenamente satisfechos con el mismo, como hoy también ocurre al pequeño grupo que organiza el capitalismo financiero respecto al poder democrático cuando intenta frenar sus «pasiones». Y si la nobleza, a pesar de haber sido el *ordo* superior continuó buscando medios de promoción o movilidad social para sus miembros, releer tal hecho nos debe hacer entender mejor, la continua reestructuración de una sociedad de iguales, pues finalmente el principio de la igualdad de condiciones no se cumple. Si escribimos y revivimos la nobleza al amparo de nuestras circunstancias temporales actuales, totalmente distintas de las existentes hace cuatrocientos años, sin embargo ganará vitalidad el «efecto verdad» del poder y presencia social de lo nobiliario en la Europa de los siglos XVI al XIX, y podremos sacarle su sentido a los signos externos de su prestigio: blasones, armerías y otros artefactos culturales de este tenor; a la postre, de la misma manera que hoy la sociedad burguesa tiene sus elementos de prestigio, los recién citados eran la demostración que encontró la experiencia social nobiliaria para comunicar su modo de existir. Evitar ser olvidada está en el centro de su sociabilidad.

Conscientes de que el tema de lo nobiliario no se agota y que estos textos constituyen una pequeña aportación de un proyecto mucho mayor, que pretendemos abordar a lo largo de los próximos años, creemos que son muchas las vías de aproximación a lo nobiliario –con pleno sentido de actualidad– que aún pueden ser emprendidas. La riquísima tradición nobiliaria europea ofrece una perfecta hoja de ruta para estudiar al estamento, tal y como era visto por sus propios miembros, y (como venimos insistiendo) para percibir como la sociedad del presente hace frente a sus problemas y le da soluciones, pues los sistemas sociales, más allá de su perfecta descripción teórica, están sujetos a la disfuncionalidad en su diario transcurrir. Por eso, cuando tratamos de explicar lo nobiliario, establecer los modos de acceso a lo que representa o acercarnos al modo en que se construyeron las carreras personales de familias y linajes, de sus formas de gestión patrimonial, o el significado de la cultura de la sangre y del honor, podemos contribuir a que la Historia y sus protagonistas hagan posible un entendimiento más *científico* de lo presente y de sus actores sociales. Por todo ello, la importancia o relieve, que al menos para nosotros tiene el tema *de nobilitate*.

Pacto faústico en el *Crossroad* de las entidades colectivas de la nobleza europea. Comunidad imaginada por el historiador en función de una herencia conceptual que desde la Baja Edad Media se han ido configurando gracias

a la existencia de una literatura muy profunda y variada que se relacionó con las prácticas cotidianas del honor y la excelencia. Se reinterpretaban conceptos sociales, categorías morales que se relevaban como magníficos mediadores sociales para distinguir a los excelentes y para establecer los siempre sutiles fronteras de la distinción.

Entre Murcia y Madrid, 20 de octubre de 2014

AGRADECIMIENTOS

Este libro, como cualquier obra humana, es el afortunado resultado de aunar voluntades y contribuciones. Sus páginas son, igualmente, el fruto de la generosa colaboración científica de sus autores, a quienes, como coordinadores, deseamos expresar nuestra más profunda gratitud por el alcance de su calidad académica y humana, así como por su generoso compromiso con este proyecto en el que se involucraron con entusiasmo desde el principio. Resulta de justicia reconocer la importancia que para este libro tienen las aportaciones de Arlette Jouanna, Roberto Bizzocchi, Nuno Monteiro, Adolfo Carrasco, Lina Scalisi, José Manuel Calderón, Thomas Glesener, Juan Manuel Bartolomé, Antonio Terrasa, Raimundo A. Rodríguez, Fernando Manzano, Agustín Jiménez y Francisco Precioso, a quienes solo bastó conocer la idea del proyecto para sumarse a él y confiarnos sus textos.

Queremos expresar igualmente nuestro sentido agradecimiento hacia el conjunto de personas e instituciones públicas y privadas que lo han hecho posible. Sirvan estas líneas como muestra de reconocimiento: la Fundación Séneca-Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia y a su gerente, Antonio González Valverde; la Universidad Complutense de Madrid; la Universidad de Murcia y en particular al director del Servicio de Publicaciones, Conrado Naválon; la Fundación Cultural de la Nobleza de España y en especial a su patrono secretario general, Manuel Fuertes de Gilbert; el Metropolitan Museum of Art (Nueva York) y Elvira Allocati (Scala Archives); y a los editores de Doce Calles, Pedro Miguel y Pedro Francisco Sánchez, por su paciente asistencia, profesionalidad y buen hacer.

Las investigaciones de este volumen se inscriben en el marco de varios proyectos y líneas de investigación que a continuación de refieren: Proyecto «Nobilitas II- Estudios y base documental de la nobleza del Reino de Murcia, siglos XV-XIX. Segunda fase: análisis comparativos», financiado por la Fundación Séneca-Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia, (15300/PHC/10); Proyecto «Excesos de la nobleza de corte: usos de la violencia en la cultura aristocrática ibérica del Seiscientos (1606-1665)», financiando por el Ministerio de Economía y Competitividad (HAR2012-31891); Proyecto (línea) de investigación del Subprograma Ramón y Cajal «Oposición y lucha política en la Europa Moderna: aristocracia y anti-olivarismo en la Monarquía Hispánica (1621-1643)» (RYC-2010-05863) y el Proyecto Juan de la Cierva «Gestión y representación del honor en la Monarquía de España: La Familia Guerra y el oficio de Rey de Armas durante el Siglo de Oro» (JCI-2011-08920),

Junto a todos estos agradecimientos, los autores nos sentimos deudores de la pléyade de intelectuales que, desde el siglo XIV, abrieron el camino de las reflexiones sobre la nobleza, la excelencia, la virtud o el honor; pues todos ellos han construido un tema de estudio tan apasionante como complejo y una herramienta fabulosa para pensar históricamente e interpretar las palabras del tiempo y su explicación desde la óptica de la reflexión intelectual.



DILEMMES NOBILIAIRES: COMMENT PARAÎTRE CE QUE L'ON EST?

Arlette Jouanna
Université Paul-Valéry (Montpellier III)

La lamentation sur la discordance entre le paraître et l'être est un lieu commun de la littérature dans la France des temps modernes. «Chacun veut être un autre, et n'être plus ce qu'il est», regrette La Bruyère; «Tout le monde se met en peine de paraître ce qu'il n'est pas», constate le dramaturge Puget de la Serre¹. Il faut s'interroger sur la récurrence obsessionnelle de cette déploration. Elle provient de la conviction que l'ordre social doit avoir un sens, un sens bien lisible, exprimé par un système de signes clairement identifiables; si la correspondance entre le signe et le signifié se rompt, le sens disparaît, faisant surgir une profonde angoisse. Selon une conception pluriséculaire, très présente encore jusque vers le milieu du XVII^e siècle, le sens que doit transmettre le spectacle de la société est de nature morale: il faut que les rangs les plus élevés soient occupés par ceux qui incarnent les qualités humaines les plus hautes. C'est à cette condition que la hiérarchie sociale semble légitime, c'est-à-dire en harmonie avec le principe de justice divinement inscrit dans tout l'univers. Ce qui n'empêche pas de considérer que, devant Dieu, tous les hommes sont

¹ LA BRUYÈRE, J.: «De l'air et des manières», *Réflexions diverses*, dans *Œuvres de Jean de La Bruyère*, Paris, A. Belin, 1820, p. 215; LA SERRE, J. P.: *L'Entretien des bons esprits sur les vanités du monde*, Lyon, 1631, p. 157, cité par COQUERY, N.: *L'Hôtel aristocratique: le marché du luxe à Paris au XVII^e siècle*, Paris, PUPS, 1998, p. 120.

fondamentalement égaux: mais c'est une égalité spirituelle qui ne se révèle qu'après la mort.

Dans l'ancienne tripartition des trois ordres, au clergé revenait la responsabilité de manifester le sens chrétien de la cité terrestre. Cependant cette mission était essentiellement religieuse. La structure concrète de la stratification sociale révélait plutôt une opposition binaire entre noblesse et roture, dans laquelle il importait de déceler une signification éthique. À ce postulat d'intelligibilité répondait l'adage si souvent cité par les théoriciens de la noblesse: *nobilitas est virtus*. On aurait tort de croire cette formule purement rhétorique: elle traduisait le besoin de croire que l'inégalité des conditions correspondait à l'intention de Dieu et ne se réduisait pas à un simple rapport de domination. La noblesse, écrit Florentin Thierriat, auteur d'un traité paru en 1606, a été instituée pour «mettre différence entre les vertueux et les vicieux»². La *vertu* est ici conçue comme un accomplissement humain, distinct de la vertu chrétienne quoique nourri par elle. Dans l'échelle de la perfection pouvait s'inscrire la variété des états sociaux, chacun à une distance plus ou moins grande du degré le plus haut, occupé par la noblesse. La prégnance de cette lecture de la société se décèle jusque dans la violence de l'indignation que suscitaient les nobles infidèles à leur vocation, ces «gens-pille-hommes» si vigoureusement dénoncés, parmi beaucoup d'autres, par le curé de Provins Claude Haton³.

Pesait donc sur les nobles l'obligation de rendre apparent, par leur comportement, le sens ultime de la structure hiérarchique. Ils étaient soumis à une «exigence d'exemplarité»⁴, autrement dit à un impératif d'honneur qui leur dictait une conduite conforme aux représentations les plus répandues. Ils étaient tenus de proposer un modèle aux inférieurs: «Car les races nobles sont autant de brandons qui éclairent à ceux qui recherchent la vertu», estimait David Rivault de Fleurance, qui fit partie des précepteurs de Louis XIII⁵. Ainsi pensé, l'ordre de la société se conformait à l'ordre naturel voulu par Dieu. Cet idéal s'apparentait à celui des sociétés de type holiste, où chaque partie tire son identité de son insertion dans un tout signifiant et où la place occupée par chacun dans le corps social doit nécessairement renseigner sur sa qualité humaine⁶. Dans la France des premiers temps modernes, l'identité ainsi révélée cumulait,

² THIERRIAT, F. : *Trois Traictez, sçavoir: 1. De la Noblesse de race. 2. De la Noblesse civile. 3. Des Immunitéz des ignobles*, Paris, L. Bruneau, 1606, p. 266.

³ HATON, C.: *Mémoires*, Laurent Bourquin (éd.), Paris, CTHS, vol. III, 2005, p. 314.

⁴ DUTOUR, T.: «Construire et justifier la supériorité sociale (IX^e-XVIII^e siècle). Réflexions sur la pensée de sens commun», dans LAURENCE, J. M. et MANEUVRIER, C. (dirs.): *Distinction et supériorité sociale (Moyen Âge et époque moderne)*, Caen, Publ. du CRAHM, 2010, p. 290.

⁵ RIVAULT DE FLEURANCE, D. : *Les Estats, esquels il est discoursu du prince, du noble et du tiers état*, Lyon, B. Rigaud, 1596, p. 270-271.

⁶ DUMONT, L.: *Homo hierarchicus: essai sur le système des castes*, Paris, Gallimard, 1966.

grâce à la notion de transmission héréditaire des prédispositions à la vertu, l'enracinement dans un lignage –d'où l'appellation de *gentilhomme*, né d'un *genus* connu– et l'appartenance à un ordre conçu comme une communauté morale⁷.

En conséquence pesait aussi sur les nobles une exigence de visibilité, sans laquelle la différence cessait d'être perçue et donc de remplir correctement sa fonction d'édification. Leur prééminence devait être signalée, «représentée» aux yeux de tous par des indices évidents. François de L'Alouëte, par exemple, écrivait dans un traité sur la noblesse qu'un gentilhomme devait montrer sa qualité «par ses faits, et par l'usage et représentation des marques qui lui sont propres, recherchant et honorant la vertu»: il y allait de la stabilité de l'ordre social, «qui ne se peut entretenir que le Roi ne sache qui sont les vrais Nobles de son Roiaume; que le peuple ne les reconnoisse et puisse discerner d'avec les autres; et qu'eus mesmes ne monstrent l'enseigne et tesmoignage de leur Noblesse»⁸. Brantôme, pour parler des grands capitaines de son temps, soulignait souvent leur «façon très belle et honorable représentation».

Le poids de ces attentes collectives plaçait nécessairement toute personne revendiquant le statut de noblesse devant des dilemmes difficiles. Comment extérioriser le double aspect de son être –personnel et social– non seulement par des attributs externes mais aussi par des attitudes et des gestes? Comment maîtriser ce système communicationnel dans une société confrontée à l'évolution des valeurs collectives? Les réponses nobiliaires à ces questions sont difficiles à saisir. Il faut en chercher la trace dans les descriptions des moralistes, les Mémoires des gentilshommes, les œuvres romanesques; des enseignements peuvent être tirés des conflits de préséance, en essayant d'en percevoir les enjeux idéologiques⁹. La présente contribution ne vise qu'à poser quelques jalons en vue de mieux percevoir comment, concrètement, s'y prenaient les nobles pour faire reconnaître leur condition dans les différentes situations où ils se trouvaient. La quête de la distinction au moyen d'un ensemble de signes et de pratiques devait inévitablement changer de portée au fur et à mesure que l'ancrage de la société dans un ordre universel perdait de son évidence: de nécessité dictée par un devoir moral elle risquait de devenir une vaine recherche de techniques de différenciation visant à séparer plutôt qu'à unifier¹⁰.

* * * * *

⁷ JOUANNA, A.: *L'Idée de race en France au XVI^e siècle et au début du XVII^e siècle*, Lille, Université Lille III, 1976, 3 vol.; éd. revue, Montpellier, Université Paul Valéry, 2 vol., 1981.

⁸ L'ALOUËTE, F.: *Traité des nobles et des vertus dont ils sont formés*, Paris, R. Le Manier, 1577, fols. 17 r.-28 v.

⁹ COSANDEY, F.: «Classement ou ordonnancement? Les querelles de préséances en France sous l'Ancien Régime», dans CHABAUD, G. (dir.): *Classement, Déclassement, Reclassement*, Limoges, PULIM, 2011, p. 95-103; COSANDEY, F.: «L'insoutenable légèreté du rang», dans COSANDEY, F. (éd.): *Dire et Vivre l'ordre social en France sous l'Ancien Régime*, Paris, Éd. de L'EHSS, 2004, p. 169-189.

¹⁰ L'essai classique de Pierre Bourdieu (*La Distinction: critique sociale du jugement*, Paris, Éd. de Minuit, 1979) analyse la fonction de ségrégation dévolue à la distinction dans les sociétés d'aujourd'hui.



Los estudios sobre la nobleza y lo nobiliario constituyen un inagotable tema de investigación, revitalizado en las últimas décadas por un activo debate historiográfico que ha contribuido a desterrar estereotipos y tópicos que habían distorsionado la imagen del estamento. Distanciamos de apriorismos implica someter a la nobleza a un análisis científico en todas y cada una de sus prácticas, expresiones, lenguajes y espacios de influencia a lo largo del tiempo en que fue protagonista del proceso histórico. La nobleza es, esencialmente, una cultura compuesta por un conjunto de valores cosmopolitas, de alcance transnacional, e integrada por linajes y hombres que hacen del honor y el privilegio su máxima distinción, lo que a su vez conlleva un

amplio e influyente poder social. Los quince trabajos que integran este libro intentan poner de relieve la capacidad de la nobleza para desarrollar «hechos sociales» en Europa desde hace más de quinientos años. Por todo ello ha resultado imprescindible analizar y comprender los distintos discursos políticos, sociales y culturales que los nobles produjeron, y que constituye el fundamento del mito de lo nobiliario como superior. Asimismo se aprecia que lo nobiliario es tanto una idea moral como una praxis social, que gravita inicialmente sobre la sangre, hasta finalmente hacerlo sobre los principios del mérito y la virtud; motivo este último por el que actualmente permanecen determinadas ceremonias sociales en las que aún son perceptibles reminiscencias de lo nobiliario. En síntesis, el objetivo de este libro es contribuir a dibujar el gran lienzo de la historia con novedosas pinceladas sobre la nobleza y lo nobiliario, sin olvidar que las miradas del historiador son variadas y siempre complementarias.

